

# El Libro y el Tacto Impertinente

por *Sebastián Salazar Bondy*

A propósito de las recientes notas de este cronista sobre el libro y la lectura alguien le aconsejó acudir a un breve y enjundioso ensayo de Alfonso Reyes sobre dicho tema. Bella y aguda meditación, en efecto, la del notable pensador mexicano, cuyas palabras finales al respecto es preciso transcribir: "El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar hasta él sin ser sentido. Ejercicio, casi, de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos que traemos desde la calle, los negocios y afanes, y hasta el ansia excesiva de información literaria. Entonces, en el silencio, comienza a escucharse la voz del libro; medrosa acaso, pronta a desaparecer si se la solicita con cualquier apremio sospechoso..." Esa disposición candorosa ante el libro, limpia de residuos, amorosa en una palabra, no es corriente ni en el profesional ni en el aficionado a la lectura. Pero si ella falta, según afirma Reyes, no habrá verdadero deleite.

Y el goce de la lectura disminuye conforme sube la categoría de los lectores, al tiempo que es menos pura la acti-

tud del que reclama al libro el zumo intelectual que guarda. Para Reyes el primer estrato lo constituye el lector popular, que convierte la lectura en vida. El hombre sencillo no recuerda el título ni el autor del texto, aunque retiene su asunto, su substancia. Interrogado por lo que ha obtenido de la lectura, se refiere —no impor-



ta si torpemente— a la esencia argumental. De ahí que en toda promoción de la lectura popular haya que tener en cuenta esta característica del consumidor común, más inclinado al relato concreto que a las delectaciones del pensamiento o las bellas formas. (En algunos de los festivales provincianos del libro recientemente realizados se ha incurrido en el error de incluir en la selección literaria obras que sólo llaman el interés de los eruditos, los estudiosos o los lectores refinados).

Otra categoría que reconoce Reyes es la del "lector de medio pelo", aquel que sólo recuerda los títulos de los libros, pero que apenas retiene el contenido. Marca con un signo en la memoria lo que le gustó, sin saber por qué, y tacha lo que fue incapaz de apreciar. Su contrapartida es el lector pedante, que se complace única-

mente en los autores. En éste el gusto ya está estragado, pues sus predilecciones son, en general, dudosas. Por último, está el maj bibliófilo, que ve en el libro un editor, una fecha de impresión, un formato, una curiosidad gráfica, cualquier nimiedad superficial. Ama las ediciones lujosas y desdén el libro sencillo, el libro para leer. Y hemos llegado al pináculo de esta clasificación de los lectores por lo que poseen del libro, desde aquel que se sumerge en el hondón del impreso hasta el que se entrega a él como a un objeto, a sus peculiaridades externas.

El ideal es la receptividad absoluta, la abierta postura que acoge con generosidad y sin orgullo el mensaje del escrito. Es la actitud más rara, y es, sin embargo, la que es necesario inculcar. Mas los tiempos que corren no se adecúan a este modo de leer, que exige serenidad y paciencia tanto como candor. No obstante la época, podemos formar lectores de esta categoría en una especie de campaña didáctica que enseñe a los menores a no ver en el libro una pieza utilitaria, una herramienta, un vademecum o recetario que nos va a procurar siempre una fórmula práctica, aplicable en nuestro negocio cotidiano, oficio o actividad. Hay algo —tal vez mucho— de ocioso y gratuito en la lectura, ya que no deja de ser nunca la apreciación personal de una creación artística. ¿Y quién mira un cuadro, escucha una sinfonía o contempla una película sólo para sacar provecho?. El libro no es otra cosa que un poema —poesía quiere decir, no lo olvidemos, creación—, y el secreto de la lectura radica en apelar a él sin otro propósito que el de saborear su médula, no siempre presta a revelarse a la primera sollicitación. No olvidemos lo que dice Alfonso Reyes magistralmente: que el libro, como ciertas flores sensibles, cierra sus hojas al tacto impertinente.